



TRAGICOS SUCESOS DE LA
muy ilustre Señora Doña Rafaela de Ar-
cos, natural de la Ciudad de Murcia: refie-
rese, como aviendo muerto à su Amante,
después de otras aventuras, se entrò Re-
ligiosa en un Convento de Valencia;
y lo demàs que verà el curioso.

Aunque son las esperanzas
consuelo de las tristezas,
los deseos que las siguen
suelen obrar con mas fuerza:
quando al amor las pasiones
le oprimen y le molestan,
las esperanzas le ayudan
à resistir con tenacidad.
Y si me escuchan atentos,

contaré mi historia entera,
mi desgracia y mi fortuna,
mis sucesos y tragedias.
En el sitio mas ameno
que la hermosa Primavera
forma floridos tapetes
de carmines y azucenas,
reñido con varias flores,
que aquellos campos alegran:

cu-





LITERATURA MURCIANA DE CORDEL

MONTEAGUDO

Núm. 25

1959





TRAGICOS SUCESOS

de la muy ilustre Señora Doña Rafaela de Arcos, natural de la Ciudad de Murcia: retierese, como aviendo muerto a su Amante, después de otras aventuras, se entró Religiosa en un Convento de Valencia; y lo demás que verá el curioso.

EDICION Y COMENTARIO DE
ANTONIO PEREZ GOMEZ





VOLVEMOS, con el pliego que reproducimos hoy, a la serie de literatura truculenta de cordel en que tan pródigo fué el pasado siglo, para dar a nuestros lectores las curiosas aventuras de doña Rafaela de Arcos, a quien el cóplero supone natural de Murcia, y dentro de nuestra región, son situadas parte de las peripecias sangrientas de que fué autora.

Este pliego ha llegado a nuestras manos merced a la generosa ayuda del profesor Edward M. Wilson de la Universidad de Cambridge, nombre conocido de nuestros lectores



porque a él se debe también la publicación de varios de los ya aparecidos en esta colección. El original pertenece a un tomo de pliegos sueltos que «para su uso y particular recreación», recogió, en 1850, en Valencia, don Pascual Agulló, raro y curioso volumen que fué a parar a manos del citado profesor. Conociendo Mr. Wilson la labor que estábamos haciendo nosotros de publicar muestras de literatura de cordel que tuviesen por su autor, lugar de impresión, o personajes, relación con Murcia, nos comunicó el dato y se apresuró a enviarnos un microfilm del plieguecito. De él hemos sacado fotopositivas que son las que han servido para reproducir su portada, y para transcribir su contenido. Se compone el pliego de dos hojas en cuarto, a doble columna, sin colofón que exprese el lugar en que vió la luz, y sin otro grabado que el que figura en la cabecera.

Reiteramos desde estas páginas nuestra gratitud a Edward M. Wilson, y le alentamos para que no deje de comunicarnos los hallazgos de obras similares, que encuentre en su frecuente y fructífero contacto con nuestra literatura de cordel.

Informamos a nuestros lectores que todavía quedan en nuestro archivo bastantes piezas similares a las ya reproducidas, que per-



mitirán dar a esta colección la extensión que merece. La curiosidad que en los eruditos, investigadores y bibliófilos despierta la literatura de cordel, va en aumento. A partir del siglo pasado decreció enormemente la calidad de este género, casi virtualmente desaparecido hoy como elemento aprovechable de estudio, y aun de curiosidad. Pero la rareza de todos estos pliegos anteriores a 1900, es grande, y ya va siendo muy difícil encontrar ejemplares. Más difícil aún encontrarlos relacionados con una región determinada.

Antonio Pérez Gómez



TRAGICOS SUCESOS...

AUNQUE son las esperanzas
consuelo de las tristezas,
los deseos que las siguen
suelen obrar con más fuerza:
quando al amor las pasiones
le oprimen y le molestan,
las esperanzas le ayudan
á resistir con ternezas.
Y si me escuchan atentos,
contaré mi historia entera,
mi desgracia y mi fortuna
mis sucesos y tragedias.
En el sitio más ameno
que la hermosa Primavera
forma floridos tapetes
de carmines y azucenas,
texidos con variâs flores,
que aquellos campos alegran;



cuyo dilatado espacio
de tanto jardín y huerta
á darle vista á sus muros
con pimpollos de oro llega.
En este Pensil hermoso
de Pomóna y de Amaltea,
que es la gran Ciudad de Murcia,
que tantos lauros se lleva,
nací de muy nobles padres,
de la clara descendencia,
sangre tan esclarecida
de los Duques de Florencia:
Doña Rafaela de Arcos
es el timbre que me eleva.
Me crié con gran regalo
entre primores y sedas,
entre glorias y regalos,
embidiada de discreta,
alabada por hermosa,
con honores de Princesa,
siendo de tres mayorazgos
única y sola heredera.
Ya cumplidos los tres lustros,
tan bizarra como honesta,
quando el amor atrevido
se llegó á pedirme cuenta
de los años que tenía,
y como no era lerda,
dixe al amor: yo te ofrezco



lo que de tu gusto sea.
A este tiempo yo sabía
por músicas y por señas,
que dos nobles Caballeros
pretendían mi belleza,
trayéndome por mi calle
toros, músicas y fiestas,
cantándome muchos versos,
y entonando letras nuevas.
Era el uno de Granada,
de gran mayorazgo y renta,
Don Agustín se llamaba,
que es el que el amor me lleva:
el otro que me adoraba
era Don Juan de Contreras;
cuyos dos competidores
á mis balcones y rejas
nunca perdían de vista,
con la obligación que es fuerza
que un galán enamorado
ame á su querida prenda,
siendo de día y de noche
centinelas de mi puerta.
Un día Don Agustín
tomó de amor la llaneza,
de un papel, en que escribió
estas amorosas letras:
hermosa deidad humana,
rosa, clavel, azucena,



jazmín oloroso y nardo,
flor la más fragante y bella,
que Amaltéa en sus jardines
puso en estrado de perlas:
yo estoy en cautividad
padeciendo grandes penas:
vuestra hermosura es la causa
de que yo tanto padezca:
y el remedio de mis males
en vuestra piedad se encierra.
Remitióle con un Page,
para que yo me sirviera
de pasarle por la vista,
y embiarle la respuesta.
A cuyo tiempo me instaba
de mi casa cierta dueña,
con palabras y razones,
que á Don Agustín quisiera,
que era galán y discreto,
hombre de muy fuerte hacienda.
Pluguiese al divino cielo,
de que yo no le creyera,
y así no me huviera visto
de confusiones tan llena.
Fué pues que á Don Agustín
le avisé de que viniera
aquella noche á las doce,
que para eso en la rexa
le estaría yo aguardando,



sin que nadie lo supiera.
Llegó la noche y la hora,
y juntamente con ella
Don Agustín, con cuidado
hizo en mi calle una seña,
salí al balcón y estuvimos
como cosa de hora y media,
requebrándonos de amores
con dulces palabras tiernas.
Quedó en fin determinado,
que á la noche venidera
estuviere prevenida
de muchas joyas y prendas,
y que él me llevaría
a casarnos en su tierra.
Mas el alevoso amante
á un primo suyo dió cuenta,
y entre los dos alevosos
una traición intentan.
Salimos de la Ciudad
camino de Cartagena,
y el primo salió al encuentro
á poco más de una legua:
en nuestra compañía fué,
que es lo que más me recela,
y más quando ví que entraba
por la falda de una sierra,
por entre pinos y xáras,
lentiscos, olmos y yedras:



alzé los ojos al cielo,
imaginando en mi mesma:
qué será, Señor, de mí!
Señora de la Cabeza,
amparadme, Virgen pura:
dónde estoy? dónde me llevan
por entre riscos y matas,
por tan oculta vereda,
que aun apenas el discurso
puede salir, si se enreda!
Mas así que ya del monte
coronamos la eminencia
de aquel risco ó promontorio
á la caída ó cénefa,
al pie de una clara fuente,
cuyas aguas alhagueñas
formando un lento ruido,
sus consonancias concuerdan,
allí pasaron, diciendo:
esta es la parte más buena
para lograr nuestro gusto
que ay en toda aquesta sierra.
Yo con aquestas palabras
ya me ahogaba la pena,
ya disimulaba el llanto,
quando los dos con fiereza
quieren gozarme y dexarme;
pero yo anduve tan diestra,
que conocí la intención,



*y con una daga fiera,
que la traía mi amante,
le di la muerte violenta.
El primo todo turbado
de ver acción tan resuelta,
no acertaba á hablar palabra,
como el delito le cerca.
Entre los dos repartí
doce estocadas sangrientas,
tocándole á cada uno
á seis ó media docena.
Luego que los vide muertos,
con valor y diligencia
tomé cavallo y pistolas,
y entre aquellas arboledas
fui registrando los prados
de una senda en otra senda
hasta encontrar salvamento
de poblado en una venta,
donde me puse un vestido
que llevaba en la maleta,
y luego tomé razón
del camino de Valencia,
partí allá, y tomé posada
en el mesón de la estrella.
Una noche que cenando
estaba muy placentera,
dos mercaderes llegaron,
y á cenar también se sientan;*



y sobre ciertas palabras
que tuvimos en la mesa,
me quisieron embidar
los platos en la cabeza:
mas de una fuerte estocada
con uno de ello di en tierra,
y sacando una pistola,
los igualé de manera,
que se quedaron entrambos
sin la vida y sin la cena.
Con dos pistolas montadas
salí á cavallo de priesa,
y en un quartel de Soldados
me amparé de la Vandera.
Hablé con el Coronél
porque me favoreciera,
contéle toda mi historia,
de mi vida le dí cuenta,
y el Coronél admirado
de escuchar cosas tan nuevas,
prometióme su amparo,
me tuvo en su casa mesma,
y dando aviso á mis padres,
que vivían por mi ausencia
con notable sentimiento,
contentos con tales nuevas
vinieron luego al instante
con magnífica grandeza,



*y al Coronél dieron gracias
por tan singular fineza.
De que mis padres supieron
la suma de mis tragedias,
les entristeci6 el suceso;
yo entonces postrada en tierra
les pedí humilde y llorosa
el perd6n de las ofensas,
diciéndoles que quería
en la Orden Recoleta
quedarme por Religiosa
en la Ciudad de Valencia.
A otro día de mañana
en un Convento me entran
de Carmelitas Descalzas,
que llaman Santa Teresa,
donde me quedé gustosa,
sirviendo á Dios muy de veras,
y mis padres muy contentos
se bolbieron á su tierra.
Escarmienten las mugeres,
y su precipicio teman,
pues muchas se ven perdidas
por seguir su pasi6n ciega,
y más si fian de amantes
venidos de lezas tierras.
Y ahora Joseph Francisco*



*humilde el perdón espera,
dándole fin á la historia
de la hermosa Rafaela.*

F I N .



